

Pp. 85-101

Conferencia: “Juventudes, Derechos y Subjetividades” en el Ciclo de Formación destinado a los trabajadores territoriales de Centros de Día, Centros de Acción Familiar y Centros de Convivencia Barrial.

Junto a: Dra. Laura Musa. Asesora Gral. Tutelar, Justicia Cdad. de Bs As.

Ana María Fernández

Exposición:

Buenos días a todas y todos. Muchas gracias por haberme invitado. También muchas gracias, Laura. En tu exposición fuiste avanzando en varias de las cuestiones que quería plantear. Considero importante para el tema que nos convoca hoy, establecer algunas líneas de reflexión respecto a las reconfiguraciones actuales que se operan en los pactos clásicos de la Modernidad Temprana.

Se trata de pensar cómo impactan en la planificación, organización, implementación de las políticas públicas y/o en los trabajos territoriales, por ejemplo, los acelerados cambios de ese particular eufemismo que llamamos globalización. Los modos actuales de los pactos de la modernidad impactan desde los Estados hasta los más íntimos espacios de la vida cotidiana. Impactan inclusive en aquellos Estados de la región que intentan democratizar lo más posible sus sociedades a través de políticas de inclusión. Impactan inclusive en aquellos y aquellas que intentamos desnaturalizar los modos neoliberales de la vida.

No es mi intensión dar un rápido pantallazo de teoría política. No sólo no es mi *metier*, sino que me parece que no sería aquí de gran utilidad*.* Lo que intento poner a la reflexión es cómo cuestiones aparentemente teóricas, abstractas, se expresan en cada una de nuestras prácticas. Que ustedes diseñen para un abordaje con niños/as y jóvenes un dispositivo u otro, pone en acto concepciones o criterios que insensiblemente tal vez, ubican una posición u otra frente a los cambios sociales, políticos, económicos, filosóficos que el neoliberalismo ha naturalizado. En tal sentido, es muy importante poder pensar el Estado y sus políticas. Particularmente cuando sostenemos la necesidad de llevar adelante en nuestras prácticas de trabajo los avances legislativos y las políticas de inclusión que se van logrando en los últimos años.

Para lograr un Estado que no sea un mero reproductor de las desigualdades es necesario superar una idea muy instalada desde los principios de la Modernidad donde -al decir de Foucault- el Estado ha operado como la versión más o menos laica de la caridad parroquial[[1]](#footnote-2). Son naturalizaciones muy instaladas y por ende muy difíciles de cambiar. Son instituciones que parece que se ocupan de los más necesitados –y seguramente lo hacen- pero que en ese “dar”, en ese asistir, reproducen una y otra vez el lugar de la inferiorización de aquellos a los que asisten[[2]](#footnote-3). Esto es de un alto contenido político ya que de este modo se reproducen un sinnúmero de estrategias de vulnerabilización de sus asistidos. Aquí podríamos conectar con lo que Laura señalaba cuando hablaba de la centralidad política del término *infancia,* cuestión quepodríamos extender a los términos adolescencia y juventud.

¿Por qué algunas edades de la vida hoy se vuelven un tema central de la política? Sin duda los partidos políticos tienen una preocupación central que son las elecciones próximas, las que siguen y las que vendrán… En ese sentido, por ejemplo, en la medida que se baje la edad en que se está habilitado para votar, importa llegar a los más jóvenes. Pero, más allá de estas cuestiones de lo inmediato o claramente oportunistas, cuando necesitamos realizar abordajes con “poblaciones problemáticas”–y utilizo esta expresión con ironía- nos enfrentamos con conceptualizaciones muy naturalizadas frente a las que es necesario que estemos muy advertidos/as de las trampas que encierran.

Así, por ejemplo, en nuestras democracias siempre hubo dos categorías de infancia: *el niño y los menores.* El niño, en singular o sea individuado y en masculino, como si este masculino fuera universal. Los menores, en plural, como un conjunto más indiferenciado, pero también en masculino. Las niñas, los menores y las menores nunca fueron del todo “el niño” de los libros de pedagogía o psicología. Tampoco los niños y niñas, los menores y las menores que por pobreza, género, etnia, región geopolítica no pudieran encuadrase en “el niño” o aquellos y aquellas que se posicionan desde configuraciones sexuales que no replicaran exactamente la heteronorma.

Es decir que, como bien señalaba Laura, tenemos en primer lugar, diferencias por clase social tanto en la niñez como en la adolescencia y luego en la vida adulta. Ahora bien, nadie que ha trabajado o ha pasado por un instituto de minoridad, puede imaginar que esos chicos y chicas tendrán las mismas oportunidades que nuestros hijos e hijas. Sin embargo, podemos seguir diciendo que el Estado es el garante de dicha igualdad. Sin duda debería serlo… pero a esta altura creo que deberíamos preguntarnos si más allá de las “fallas” de tal o cual gobierno, el modo mismo de configuración de las democracias representativas en vigencia, estos Estados, pueden llegar a ofrecer cabalmente dicha igualdad de oportunidades.

La reproducción de las desigualdades de clase de esas infancias y adolescencias excluidas, segregadas, estigmatizadas, abusadas cuando no asesinadas sin pudor, van acompañadas de otras desigualdades: de género, de etnia, de opción sexual, de religión. Constituyen los y las diferentes. Y en tanto diferentes, “naturalmente” serán desiguales[[3]](#footnote-4).

Por ejemplo, es interesante la invisibilización que en nuestro país tienen las discriminaciones de etnia. El color de la piel, no es un mero detalle. Establece insensibles pero muy eficaces y específicos sistemas de distinción, exclusión, segregación, discriminación. Nuestra población blanca, descendiente de las inmigraciones del siglo XIX y principios del XX, hoy generalmente ubicada en los principales centros urbanos, es lo que constituyó las amplias clases medias que han sido distintivas de la movilidad social de los años ‘50, que de los barcos de principio de siglo, en dos o tres generaciones, pudieron establecer comercios, tener su vivienda, llegar a la universidad, etc.

En el interior del país y en las periferias de las grandes ciudades lejos estamos de mayorías blancas de clase media. Sin embargo, estas diversidades étnicas quedan invisiblizadas. Como, “casualmente” estas diversidades étnicas están cruzadas con pobreza y pobreza extrema, estas poblaciones padecen más de un dispositivo de vulnerabilización. Si bien estos dispositivos se encuentran bien entramados, cada uno de ellos tiene sus modalidades y efectores específicos en la producción y reproducción de los grupos sociales vulnerabilizados.

Si además de pobres y morochitos son mujeres, tienen allí otro circuito de vulnerabilización, y así de seguido... Así, por ejemplo, la ciudad de San Pablo, en Brasil, en la elaboración de sus mapas de riesgo de la población joven, ha puesto en evidencia las diferencias por género en los grupos de jóvenes vulnerables. Así establece que para los varones opera la criminalización y para las mujeres, los embarazos adolescentes. Si bien ambos grupos son vulnerabilizados por pobreza, cada uno es atravesado por dispositivos específicos de género.

En síntesis - y muy a vuelo de pájaro- blancos-europeos, varones, adultos, propietarios-consumidores, heterosexuales, católicos, van armando el polo de dominancia… pero también y al mismo tiempo, el polo de las subalternidades que les son inherentes[[4]](#footnote-5).

Estas han sido las bases del pacto fundacional de la modernidad entre Capitalismo-Estado-Patriarcado, donde uno de sus relatos centrales ha sido, como decía antes, el Estado como garante de la igualdad de oportunidades, todos somos iguales ante la ley, etc. Pero al mismo tiempo que se iba afianzando este universo argumental –los relatos- se iban perfeccionando los dispositivos biopolíticos de desigualación y la naturalización de las diferencias desigualadas que configuraban dichos dispositivos. A esto me refiero cuando hablo de *estrategias biopolíticas de vulnerabilización[[5]](#footnote-6)*. Cuando empleamos el término foucaultiano “estrategia biopolitica”[[6]](#footnote-7) bueno es recordar que el propio Foucault establece que se refiere a *estrategias sin estrategas*. A la hora de pensar abordajes con grupos sociales vulnerabilizados es de gran utilidad elucidar cuáles son allí, en esa situación específica que queremos abordar, las estrategias puestas en juego. Cuáles son los efectores que en una situación particular se ponen en juego. ¿Para qué? Para poder diseñar con mayor eficacia políticas que puedan realmente operar a contramano de la vulnerabilización. Lograr inclusión, sin duda anhelo de todos los aquí presentes, es una tarea compleja ya que si bien son imprescindibles, urgentes, los auxilios materiales, es necesario inaugurar procesos comunitarios que creen condiciones para transformaciones subjetivas, para *producciones de subjetividad[[7]](#footnote-8)* que hagan posibles formas de vida menos feroces.

Es muy interesante cómo en estos momentos algunos economistas empiezan a considerar que la economía debe pensarse como una ciencia social. Thomas Picketty, economista francés que no proviene del marxismo, ha publicado recientemente un libro muy interesante, “El capital del siglo XXI”. Allí plantea en un estudio comparado básicamente de países desarrollados que en la medida en que en la actualidad la acumulación del capital financiero supera la acumulación del capital productivo, la desigualdad aumenta y se abisma cada vez más. A punto tal que pone en peligro la viabilidad de las democracias. Señala que en tanto el capital financiero, global y desregulado como se presenta en la actualidad, siga desplegándose de este modo, estaríamos volviendo al capitalismo del siglo XIX. La circulación, distribución y reproducción de la riqueza quedaría en manos sólo de aquellos que hereden grandes patrimonios.

Esto golpearía fuertemente uno de los ideales fundacionales de nuestras democracias. Los méritos, los esfuerzos personales ya no servirían para producir movilidades sociales ascendentes de los ciudadanos/as.

¿Quiénes han sido los que más rápidamente han registrado estas restricciones existenciales del capitalismo actual? Los y las jóvenes que circulan por sus vidas sin esperanzas, sin proyectos de futuro, en un permanente presente, en diferentes modalidades de precariedad y en muchos casos con verdaderos arrasamientos subjetivos. Es impactante comprobar que estas *vidas grises* no sólo se despliegan en las poblaciones juveniles más empobrecidas. Cuando hacia el año 2000 empezamos a investigar en ámbitos de extrema pobreza en la ciudad de Buenos Aires, nos encontramos con un entramado de características subjetivas (apatía, aislamiento, falta de proyectos, lógicas del instante, etc.) que atribuimos rápidamente –es decir, dimos por sentado- que eran producto de la pobreza, de pertenecer a sectores sociales que llevaban aproximadamente tres generaciones de trabajadores precarios, viviendo de changas, sin ese gran organizador subjetivo que es el trabajo formal, digno, con horarios, escalafón, etc. Es decir que relacionamos estos hallazgos con el fin de la sociedad salarial[[8]](#footnote-9). No es que este razonamiento hubiera sido incorrecto, pero en el andar, fuimos encontrando cuestiones muy similares en jóvenes de clases medias y medias altas que concurrían a nuestros consultorios. Estos y estas jóvenes, en su infancia habían asistido a muy buenos colegios primarios, tenían idiomas, deportes, buenos clubes, etc. En la actualidad, pueden incluso contar con carreras universitarias, muy buenos puestos laborales, excelentes perspectivas… sin embargo tampoco ilusionan futuro. ¿Qué les impide hacer del futuro su *por-venir[[9]](#footnote-10).* Son jóvenes también apáticos, aislados/as, con vidas sobreadaptadas, en plusconformidad, o por el contrario en un estado de pulsiones salidas de cause, excesos, violencias. Pero en ambos casos, pareciera que nada los entusiasma. Son jóvenes de vidas grises[[10]](#footnote-11).

Allí comencé a pensar que era necesario describir y en la medida de lo posible, conceptualizar las estrategias biopolíticas específicas que operan vulnerabilizando jóvenes, por ser jóvenes. En cada quien entramaran por supuesto, con las de género, clase, etnia, opción sexual, región geopolítica, etc. Este vivir en un presente sin por-venir tiene como uno de sus correlatos más fuertes, la ausencia de pregunta por el deseo. Nunca sé muy bien qué quiero, tener que elegir me angustia. Hago lo que imagino se espera de mi o bien me desbordo, tengo crisis de pánico, realizo excesos, cometo violencias, etc.

Por supuesto que para quienes trabajan con poblaciones “carenciadas”, lo urgente es abordar a aquellos que se están cayendo del mapa. Y así debe ser. Pero esto no nos tiene que hacer caer en el trazo grueso a la hora de pensar, de conceptualizar. Es necesario sostener una mirada que abarque las múltiples aristas de estas problemáticas. Laura les decía algo muy importante y es que ustedes están en una etapa inaugural. Esto es algo magnífico ya que debe propiciar la creatividad y la potencia colectiva en los equipos. Si nos quedamos en el trazo grueso tenemos más riesgo que los diseños de abordaje que inventemos sean menos eficaces o no funcionen del todo bien. Como los sectores más retardatarios del Estado, de los medios, de la iglesia los van a estar mirando con lupa siempre que lleven adelante trabajos territoriales que apunten más alto que al asistencialismo, allí tendrán motivos para desprestigiar estos modos de trabajo. Recuerden que la derecha siempre es muy hábil, aun cuando parece que está dormida.

Reiterando entonces, el capitalismo, el neoliberalismo hoy, no es sólo un sistema económico sino que produce modos de existencia, modalidades de vida, *existenciarios[[11]](#footnote-12)* que naturalizan los valores, las prácticas sociales, los imaginarios neoliberales. Y en tal sentido, es que podemos decir produce *modos de subjetivación[[12]](#footnote-13)*. Necesita construir modos de subjetivación en subalternidad para su reproducción. A sus estrategias –sin estratega- de dominio hay que oponerles estrategias de potenciamiento ya que es una guerra de posiciones del conjunto de la sociedad.

Y aquí retomo algo que planteaba Laura cuando convocaba a las O.N.G. Es muy importante que en las políticas que amplían derechos, que amplían inclusión participen los sectores más amplios de la sociedad y no sólo los gobiernos y los partidos políticos. Desde los orígenes mismos de las democracias hay algo que está en permanente tensión entre los especialistas de *la política*, los políticos profesionales, los gobernantes, los diputados, los partidos políticos y la “*fuerza del* *demos*” o *lo político[[13]](#footnote-14)*. Para los griegos el demos era el pueblo, de allí el término demo-cracia.

Ustedes pueden observar que cada uno de los grandes avances de esta época en nuestro país y en la región ha sido gracias a gobiernos que presentan una apertura más o menos progresista, pero que esas medidas que implementan, esas leyes que sancionan retoman muchos años de luchas del *demos*, es decir de las organizaciones sociales, de las O.NG., de la gente de a pie, de la gente común, de la sociedad en movimiento. Creo que el ejemplo más claro es el de los derechos humanos. ¿Qué Estado, qué gobierno hubiera podido realizar los avances institucionales, jurídicos, legislativos en Derechos Humanos sin los años de lucha de las Madres, de las Abuelas, de H.I.J.O.S, de los organismos de DDHH? Más allá de todos los debates que encierran las políticas en derechos humanos, hay allí algo que fue empujando, sin prisa pero sin pausa y fue cambiando los modos de pensar de una sociedad. Esa potencia del demos hizo posible que luego algunos sectores de los profesionales de la política avanzaran con políticas de estado.

Es importante no olvidar esta relación, conflictiva muchas veces, entre la fuerza del demos y los avances que logra un gobierno. Si pensamos “*este gobierno* (cualquiera sea) *nos da*…” cuando esa administración se desgaste, los avances logrados pueden perderse ya que se habrá perdido o desgastado con él las potencias populares que hicieron posibles tales avances.

Entonces, no tenemos que perder la mirada histórica de los procesos político-sociales. Por ejemplo, si bien el relato de “somos todos iguales ante la ley”, en muchos momentos históricos y para variados sectores sociales es o ha sido sólo relato -las mujeres obtuvimos la posibilidad de votar o de llegar a la universidad algunos siglos después que los varones- ese mismo relato hizo que aquellos o aquellas que quedaban excluidos, batallaran largamente para que esos derechos los alcanzaran. Es decir, los relatos no son meros argumentos narrativos, muchas veces cuando logran consensos producen realidad.

No sólo podemos incluir aquí las luchas feministas. En los principios de la modernidad, las luchas obreras y la invención de los sindicatos lograron importantes conquistas laborales. En la actualidad, en una sociedad históricamente heteronormativa, hoy los movimientos sociales de las diversidades sexuales conquistan leyes como la ley de matrimonio igualitario, identidad de género etc. impensables pocos años atrás[[14]](#footnote-15).

En tal sentido, me parece que tenemos que ampliar la noción de patriarcado. Esta forma cotidiana y muchas veces invisible de prácticas de dominio, de subalternación no sólo se ha ejercido y se ejerce en relaciones de poder de los varones sobre las mujeres sino que comprende una serie de estrategias y dispositivos de acción cotidiana sobre todos aquellos grupos sociales que desde la Revolución Francesa quedaron por fuera de la construcción semántica de El Hombre.

Pero como bien decía Foucault, donde hay poder hay resistencia. Las formas de resistencia de los grupos subalternizados, no siempre toman modalidades políticas explícitas o deliberadas. Muchas veces cuestiones que son pensadas como patologías, enfermedades, pueden ser modos de resistencia a subalternidades que se quieren imponer. Las famosas histerias del siglo XIX podrían ser consideradas como formas no conscientes de resistencias al lugar postergado, subalterno, de las mujeres de la época. Emilce Dío-Bleichmar ha a bordado la cuestión en un libro que ya es todo un clásico: “El feminismo espontáneo de la histeria”.

Muchos modos de subjetivación de mujeres, de mujeres jóvenes que en la actualidad transitan sus vínculos de pareja en alto grado de conflicto con divorcios cada vez más tempranos, podrían estar hablando de inadecuaciones a una modalidad conyugal clásica en la que es necesario que ellas asuman un lugar secundario donde el protagonismo está reservado para su pareja[[15]](#footnote-16). El problema radica en que ellas suelen suponer que es un problema personal, o de ese vínculo en particular donde él no colabora, no la valora, la limita, etc. Sin duda, esas cuestiones han de estar jugando en muchos conflictos conyugales, pero también puede pensarse que el ubicar la cuestión como un problema privado impide ver la dimensión política de estas situaciones que con tanta lucidez habían ya planteado las feministas de la segunda ola (1960/70) en aquella consigna de “lo personal es político”.

Estas jóvenes muchas veces llegan a la universidad o a cierta capacidad económica creyendo que esos derechos existieron siempre. Cuando se pierde la perspectiva histórica de las luchas, de las conquistas de derechos, se pierde también la posibilidad de pensar y de accionar estratégicamente para sostener la ampliación de libertades. Y esto siempre implica una dimensión colectiva.

Volviendo a la cuestión del Estado – que tantas veces nos parece un gran paquidermo… tan difícil de mover - es necesario tener presente que está configurado por múltiples caras, o capas o sectores, muy distintos entre sí. Cuando ustedes trabajan en espacios territoriales, en políticas de inclusión desde algún ministerio o municipio, o desde un poder legislativo que sanciona leyes que amplían derechos, estamos frente a un sector del Estado desde donde se puede empujar para conseguir mejoras sociales, que sin duda son imprescindibles. La *mano izquierda del Estado*, llamaba Bourdieu, a estas áreas estatales.

Pero ese no es el único Estado. Contamos con un *Estado represivo* que hoy mata a los Luciano Arruga sólo por el hecho de ser jóvenes y pobres. Y las fuerzas de “seguridad” sin las que el negoci0 de la trata no podría existir, la complicidad con el narcotráfico. O si hacemos memoria, las fuerzas represivas paraestatales como en la época de López Rega o las dictaduras militares.

O sin ir tan lejos, el *Estado burocrático* -la empleada de Gasalla- que aun sin intención deliberada traba, obstaculiza, impide cambios que nuevos funcionarios bien intencionados tratan de implementar. Muchas veces, la cara burocrática del Estado es un arma muy eficiente del *Estado que* *deja-caer*. Otra vez aquí estrategias sin estrategas.

Esto es diferente, aunque sus actores puedan ser eventualmente los mismos, de lo que se ha llamado el *Estado ausente*, característico de las políticas neoliberales. Es interesante preguntarnos por esta ausencia. Podríamos pensarlo al revés. ¿Saben ustedes lo activamente presente que hay que estar para bajar del mapa a poblaciones enteras lanzándolas a la desocupación, el desamparo, la desesperación? En ese sentido es un estado fuertemente presente, activo. ¿En qué? En dejar caer. Se acuerdan de aquella consigna “achicar el Estado es agrandar la nación”? Por qué o para qué había que achicarlo? Para que fuera más eficiente y menos costoso, se decía. Pero hoy lo sabemos bien, ese era un relato encubridor que ocultaba la necesidad de un Estado que estuviera disponible para restringidos sectores de privilegio, y los demás que se cayeran del mapa…

Nuestros equipos de la cátedra de Teoría y Técnica de Grupo de la Facultad de Psicología de la UBA investigaron los acontecimientos del 19 y 20 de diciembre del 2001 y las fábricas recuperadas –experiencias interesantísimas- que justamente fueron a contramano de ese dejar caer. Recordaba todo eso cuando hablábamos de estos y estas jóvenes que es necesario reinsertar, que carecen de la experiencia de lo colectivo.

Mientras escuchaba imaginaba una psicóloga, una colega, que aplicando lo aprendido en nuestras universidades, frente al sufrimiento sólo puede imaginar asistir con un recurso psicoterapéutico desde un diseño del *uno por uno*, donde desde el diseño mismo se sostiene el aislamiento. Sin duda están los casos patológicos donde este diseño clásico será el indicado. Pero en este ejemplo imaginado podrían ponerse de manifiesto algunas limitaciones o particularidades de los *sentidos comunes* de la profesión. En el plano clínico, se desvalorizan los abordajes grupales tanto aquellos que implementan recursos verbales, como aquellos que utilizan herramientas lúdicas, psicodramáticas, etc. donde el trabajo de y con los otros, de y con los cuerpos es tan interesante[[16]](#footnote-17). Pero a su vez, se invisibilizan los abordajes comunitarios que permiten propiciar actividades deportivas, culturales, de economía solidaria, que colaboren en restituir o reconfigurar los lazos social-comunitarios.

Los planes de estudio de nuestras universidades han ido estableciendo un sentido común profesional, aun en los y las recién egresados, de corte neoliberal por el cual la gente sufre por problemas personales, que podrá mejorar en abordajes psicoterapéuticos individuales. Es decir, la profesión queda reducida a la clínica y dentro de ella a dispositivos del caso por caso.

En una sociedad donde los lazos sociales fueron desarticulados, se vuelve necesario rearmar “el común”[[17]](#footnote-18). Para ello, en cada profesión es necesario revisar las improntas naturalizadas de lo neoliberal. ¿Cómo se rearticula el común? Sin duda desde políticas de Estado. Pero no sólo desde allí.

Cuando Freud inventó el dispositivo psicoanalítico, el diván y la escucha del caso por caso, revolucionó el abordaje de los sufrimientos psiquícos. Pero no tenemos que olvidar que esto ocurría en el 1900, es decir en sociedades donde la trama familiar era tan extrema, las instituciones tan estrictas (se las denomina sociedades calientes), que esos pacientes no contaban con espacios para encontrarse consigo mismos. Allí el dispositivo del diván fue una invención sumamente adecuada.

En la actualidad podemos observar que los y las jóvenes cuando vienen a la consulta, difícilmente acepten la propuesta del diván. Al principio me sentía un poco contrariada por esto, ya que personalmente siempre me ha parecido que trabajo mejor con diván. Hasta que me di cuenta que no eran hechos aislados, sino que era necesario interrogar esta cuestión, ya que me daba la impresión que no era una cuestión menor. Algo social estaba allí operando.

Si observamos la vida cotidiana de muchos consultantes, estos y estas jóvenes realizan pocos encuentros cara a cara. Los dispositivos tecnológicos actuales como facebook y distintas modalidades de redes sociales han armado otro tipo de sociabilidad que no necesitan relaciones de cuerpo presente. A su vez, se tiende a elegir deportes como la natación o el footing o distintos tipos de expresiones corporales, que son actividades no colectivas. Los encuentros sexuales y muchas compras se pactan a través de internet, etc. etc. Tal vez en esa preferencia de sesiones cara a cara, estén dando cuenta de una necesidad de -al menos allí- establecer un mirarse a los ojos. Tal vez allí haya algo de la dimensión sociohistórica que debería hacernos reflexionar sobre el encuadre o dispositivo a ofrecer.

En un momento donde, en mi criterio, habría que pensar, diseñar, propiciar, dispositivos grupales lo más posible, curiosamente se ha instalado un sentido común que afirma que los abordajes grupales no serían suficientemente psicoanalíticos… En realidad, las dogmatizaciones teóricas han llevado a prácticas ritualizadas[[18]](#footnote-19) que impiden pensar cómo a medida que se producen cambios históricos, también es necesario inventar nuevos dispositivos. Esto no significa abandonar los modos más clásicos de abordaje, sino contar con una amplitud de recursos que permitan distinguir en cada caso - en el caso por caso- cuál puede ser más adecuado para cada quien. Con mayor razón, sin duda, cuando como en el caso de muchos de ustedes tienen que diseñar abordajes territoriales.

Para que las políticas de estado se puedan aprovechar es imprescindible que ustedes puedan diseñar recursos que apunten a restituir o rearticular el común, es decir que las niñas y niños, los y las adolecentes con los que trabajen tengan la posibilidad de circular por espacios y actividades colectivos, es decir, en grupo, en *el–entre-otros*. Actividades lúdicas, deportivas, artísticas, culturales, que propicien las relaciones con otros, el gusto por pertenecer a un equipo, las ganas de ganar, de superarse, la conexión con el propio cuerpo, el hábito de la lectura, el valor de la imaginación, la exploración de posibles habilidades musicales, artísticas, el gusto por un oficio, el poder pensar una vocación, etc. Esto es altamente estratégico, ya que supone trabajar a contramano del aislamiento y sus arrasamientos subjetivos. Implica recuperar el sentimiento de capacidad, la dignidad, la afectividad, la alegría, las ambiciones. Todas estas emociones son las que las estrategias biopolíticas de vulnerabilización habían arrasado.

Otra cuestión que quisiera plantear es: *el equipo*. ¿Cómo deben organizarse los equipos de trabajadores/as territoriales de modo tal de cuidar a los cuidadores? En el día a día, son ustedes con su propio cuerpo, quienes sostienen todo aquello que el Estado no alcanza a proveer. Trabajan con situaciones límite todo el tiempo y obviamente comienzan a enfermarse, a angustiarse, a pelarse entre ustedes… ¿cómo armar *diseños de trabajo que cuiden a los cuidadores*? Lo sabemos por experiencia, si no se cuida a las personas que trabajan en los equipos en terreno, a los dos años, esa persona se fundió.

Por dar un ejemplo que conozco bien ya que a lo largo de tantos años hemos hecho varias intervenciones en esos servicios, una mujer o un varón que está atendiendo algún teléfono referido a violencia, escucha niños/as abusados, noviazgos violentos, mujeres golpeadas, etc. no puede cumplir *ocho horas diarias* de trabajo como un empleado o empleada administrativa. Es un despropósito.

Tendrían a su vez que tener contemplado en su horario de trabajo *reuniones de equipo*, donde poder elaborar-compartir mínimamente las angustias que esa trinchera provoca.

Un modo en que también el Estado descuida a los y las trabajadores que tienen que cuidar a otros es por ejemplo, cuando en los hospitales han desaparecido las reuniones de equipo. No hay tiempo, dicen. Médicos/as, psicólogos/as, psiquiatras, personal de enfermería etc. están desbordados de pacientes y son una máquina de atender un paciente tras otro. ¿Cuándo piensan-comparten-discuten la clínica? En ningún momento. No se puede trabajar así.

En ambos ejemplos -y sin duda ustedes podrían dar muchos más- se está trabajando en el límite del dolor psíquico, del dolor físico, del dolor social. Dentro del horario de trabajo es necesario contemplar un tiempo, un espacio, de reuniones de equipo -no meramente cuando tomamos un café- donde quienes trabajan asistiendo el dolor, sean contenidos en las situaciones límite, donde se aprenda a discutir democráticamente sus diferencias en tal o cual caso o donde se evalúe colectivamente la implementación de tal o cual dispositivo. A su vez, es necesario contemplar que en las tareas más duras, más de trinchera, el personal tenga establecidas *rotaciones periódicas*.

Otra cuestión no menor es que si se implementan reuniones de equipo, se crean condiciones para que puedan eventualmente *pensar, producir*, *escribir* sobre sus trabajos cotidianos, presentarse en jornadas etc. Esta actividad de pensamiento es también un modo de combatir el desgaste. Las difíciles trincheras cotidianas cobran otro sentido. Un sentido colectivo alentador, que alivia y no está meramente para acrecentar curriculums.

Por el momento, por lo menos en nuestro país, el Estado no garantiza estos derechos de los y las cuidadores que cuidan a los más desposeídos. Creo que son situaciones que es necesario pensar y empezar a incluirlas en los reclamos gremiales.

Resumiendo, una vez ubicadas las cuestiones más generales respecto de la alianza Capitalismo-Estado–Patriarcado quisiera remarcar que frente a cada abordaje que ustedes tengan que diseñar, frente a cada grupo social en particular con el que tengan que trabajar, teniendo siempre en cuenta la especificidad de ese territorio, es necesario distinguir qué dispositivos de vulnerabilización están operando allí -*en situación*- y a través de qué efectores se hacen posibles las configuraciones de diferentes modos de subjetivación subalternos.

Una vez puntualizadas las singularidades de estas operatorias estarán en mejores condiciones de diseñar estrategias de trabajo que puedan ir –lo más posible- a contramano de estas vulnerabilizaciones y desigualaciones.

Se trata de ir más allá de la denuncia. Siempre que sea necesario hay que denunciar y/0 acompañar a las víctimas de avasallamiento, de pobreza, de abuso, de violencias. Pero en mi criterio, el trabajo territorial implica diseñar dispositivos colectivos que impliquen crear condiciones para que cada quien, dentro de sus posibilidades, pueda encontrarse con sus potencias personales y colectivas. Es decir, que cada quien pueda encontrar *líneas de fuga[[19]](#footnote-20)*a los modos de subjetivación por los que se naturalizó su subalternidad y su inferioridad y pueda emprender con otros y otras el costoso camino de transformarse en *sujetos de derechos*. En palabras de Laura, se trata del pasaje del patronato a los derechos, es decir de la vulnerabilización a los potenciamientos.

Y como bien ella también decía, este es un largo proceso. Largo proceso de aquellas poblaciones con las que trabajamos y también de cada uno y una de nosotros. Por tal motivo junto al perfeccionamiento de nuestras herramientas de trabajo es que he plateado como imprescindible el cuidado, la protección, de los integrantes de los equipos.

Bueno, estas son algunas ideas, un poco desordenadas, que he querido compartir con ustedes en el intento de ayudar a pensar. Muchas gracias.

1. Foucault, M.: *Seguridad, territorio, población*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2006. [↑](#footnote-ref-2)
2. Para un desarrollo más amplio ver: Fernández, A. M.: *La invención de la niña.* Buenos Aires, Unicef, 1994. [↑](#footnote-ref-3)
3. Para un desarrollo más amplio ver: Fernández, A. M.: *Las lógicas sexuales. Amor, política y violencias*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2009. [↑](#footnote-ref-4)
4. Para un desarrollo más amplio ver: Fernández, A. M.: *Las lógicas colectivas. Imaginarios, cuerpos y multiplicidades*, Buenos Aires, Biblos, 2007. [↑](#footnote-ref-5)
5. Este concepto está desarrollado en *Las lógicas sexuales. Amor, política y violencias,* ya citado y en Fernández, A. M.: *Jóvenes de vidas grises. Psicoanálisis y Biopolíticas,* Buenos Aires, Nueva Visión, 2013. [↑](#footnote-ref-6)
6. Foucault, M.: *El nacimiento de la biopolítica*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2007. [↑](#footnote-ref-7)
7. Guattari, F.: *Caosmosis*, Buenos Aires, Manantial, 1996. [↑](#footnote-ref-8)
8. Castel, R.: *La metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado.* Buenos Aires, Paidós, 1997 [↑](#footnote-ref-9)
9. Derrida, J.: *Políticas de la amistad: Seguido de El oído de Heidegger*, Madrid, Trotta, 1998. [↑](#footnote-ref-10)
10. Fernández, A. M.: *Jóvenes de vidas grises. Psicoanálisis y biopolíticas,* ya citado. [↑](#footnote-ref-11)
11. Fernández, A. M. y col.: *Política y Subjetividad. Asambleas barriales y fábricas recuperadas*. Buenos Aires, Biblos, 2011, 3era edición. [↑](#footnote-ref-12)
12. Foucault, M.: *Historia de la sexualidad. Tomo III “La inquietud de sí”*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores Argentina, 2003. [↑](#footnote-ref-13)
13. Castorina, E.: “Lo político vs. La política. Una revisión ideológica de los fundamentos de la cultura política occidental” en AAVV: *La política en conflicto*, Buenos Aires, Prometeo, 2004. [↑](#footnote-ref-14)
14. Para un desarrollo más amplio ver: Fernández, A. M. y Siqueira Péres, W.: *La diferencia desquiciada. Géneros y Diversidades sexuales,* Buenos Aires, Biblos, 2013. [↑](#footnote-ref-15)
15. Para un desarrollo más amplio ver: Fernández, A. M.: *La mujer de la ilusión. Pactos y contratos entre hombres y mujeres*, Buenos Aires, Paidós, 1993. [↑](#footnote-ref-16)
16. Para un desarrollo más amplio ver: Fernández, A. M.: *El campo grupal. Notas para una genealogía,* Buenos Aires, Nueva Visión, 1986. [↑](#footnote-ref-17)
17. Nancy, J-L.: *Ser singular plural*, Madrid, Arena, 2006. [↑](#footnote-ref-18)
18. Para un desarrollo más amplio ver: Fernández, A. M.: *Las lógicas colectivas. Imaginarios, cuerpos y multiplicidades*, ya citado. [↑](#footnote-ref-19)
19. Deleuze, G. y Guattari, F.: *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*, Valencia, Pre-textos, 1994. [↑](#footnote-ref-20)